

J. D. MONSALVE
Miembro de número de la Academia Nacional de Historia.



ATANASIO GIRARDOT

BOGOTA
Imprenta Nacional
1911

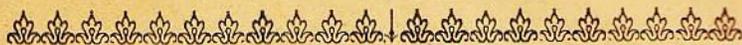
Para mi muy distinguido y apreciado
amigo el modesto republicano y honrado ciuda-
dano Sr. Pedro Elias Otero.

En otro amigo y colega
El autor



Atanasio Girardot





Publicado (1ª parte) en el 'Bol. de
Hist. y Ant. Año VIII - #76,
Sept., 1911

(La continuación en otras entregas
está marcada al margen).

GIRARDOT

Con el entusiasmo que siempre nos han inspirado las grandezas de la Patria, con el noble orgullo que nos infunde el recuerdo de sus gloriosos días y con la satisfacción que sentimos al repasar la etapa inmortal de sus victorias, queremos contribuir con nuestro óbolo literario al concierto que se levanta en las Repúblicas sudamericanas para festejar el primer centenario de su nacimiento en el mundo internacional. Y para dar pábulo á nuestro deseo, escogemos como tema una de las figuras en que con más refulgente brillantez se reflejaron las auroras de la Gran Colombia, y cuyo cadáver, al caer envuelto entre los pliegues del lábaro nacional, acreditó la promesa más bien hecha y mejor cumplida que ante el Dios de los Ejércitos puede hacer quien se ofrece como víctima propiciatoria en el altar de las sublimes abnegaciones.

Y ya que hemos de hablar del único viviente de quien la historia afirma haber merecido las lágrimas del más grande hombre de Sur América; del palante de la odisea americana, como le califica el más notable humanista del Nuevo Mundo; de aquel de quien pudo decir el poeta:

Vivió para la Patria un solo instante,
Vivió para su gloria demasiado,

aprovecharemos tan adecuada ocasión para hacer algunas reflexiones de estricta equidad histórica; que si es grato ofrendar en los altares de Minerva, es igualmente placentero rendir culto en aras de la Verdad y la Justicia.

Ni creemos aventurada la tarea respecto de los puntos en que deseamos establecer la verdad de la historia; porque si bien es evidente que desde el primer movimiento revolucionario en que se proclamó la independencia de los países americanos, hasta nuestros días, se ha hablado y repetido con insistencia sobre la desgraciada situación en que se encon-

traban las colonias españolas á causa de la tiranía ejercida por los gobiernos y los particulares de allende el Océano; tanto el minucioso examen de hechos y acontecimientos como el esclarecedor elemento de la filosofía de la historia vienen á contradecir las apasionadas é injustas aseveraciones, al mismo tiempo que dan más carácter, nobleza é importancia á nuestros próceres, y más valor y realce á la cruentísima guerra de la Independencia

Desde las más grandes intelectualidades iniciadoras de la independencia, tales como Nariño (el Precursor), Zea (el Sabio), el egregio Camilo Torres, hasta los últimos historiadores, han sostenido que la emancipación americana fue un acto de reacción contra la dominación peninsular por la tiranía, las vejaciones, el sistema de injusticias y la rapacidad del Gobierno español, ejercidas al favor de la abyección y del embrutecimiento en que se procuró mantener á las colonias americanas; afirmaciones éstas apoyadas en hechos particulares y aislados, y acompañadas de los más ofensivos y deshonorosos epítetos con que se han calificado los errores, digamos accidentes inculpables de la Madre Patria. Lamentable desvío ha sido este por muchos motivos; ello ha sido ocasionado á atraer la propia deshonra, y á que allende los mares se tenga una noción enteramente adversa á nuestros propios intereses.

En efecto, si exceptuamos la guerra de conquista, en que los valerosos é infatigables castellanos realizaron empresas dignas de inmortal recordación, que aun hoy día parecerían irrealizables, oponiendo el pecho al enemigo en la proporción de uno contra mil, luchando contra los hombres y contra la naturaleza, en regiones desconocidas y mortíferas, á miles de leguas y con océanos de por medio de donde pudieran obtener socorro y asistencia, con alimentación desconocida y andrajosa vestidura; si exceptuamos esa guerra, repetimos, que por ser guerra de conquista lo era de subyugación, de muerte y de despojo, ninguna razón se encuentra para que después de terminada, á los dos ó tres siglos los colonos españoles, los hijos de éstos y sus nietos se quejaran de tiranía, de exacciones, de injusticias y rapacidades; debiéndose tener en cuenta que los Virreinos, Capitanías Generales y Presidencias no sólo se regían por la legislación común de la monarquía española, sino que en cuanto de alguna manera especial pudieran diferir, lo era para consultar el mejor orden, el incremento y el engrandecimiento de estos países y procurar la mayor civilización y bienestar de sus habitantes. Basta para convencerse de ello dar una mirada á la recopilación de leyes de Indias y admirar el benéfico espíritu que las informaba.

Si algún argumento suministrara contra España la inhumana esclavitud de los negros trabajadores de nuestras

minas, debemos considerar que, además de que de tan bárbara institución se hicieron culpables todas las naciones europeas por aquel tiempo, ella tuvo por única causa el alivio de la raza indígena; ni es tampoco un argumento la institución de las encomiendas, si tenemos en cuenta que el fin de ellas fue el de dar humanitaria protección á infelices naturales miserablemente explotados y mal tratados por la codicia y la crueldad no menos de los criollos (americanos) que de los peninsulares. Ciertamente que los encomenderos fueron los más injustos y crueles, pero ¿ acaso son mejores los ricos de hoy con los pobres de nuestros pueblos y caseríos, á quienes tratan como siervos de la gleba? ¿ Y qué vale el monopolio del comercio que ejercían los españoles en estos países con detrimento del cambio universal, si en todas estas tierras es contrabando el comercio que no paga los derechos de importación y exportación en las aduanas?

Ciertamente no puede negarse que entre los españoles conquistadores y colonizadores de nuestras vírgenes montañas hubo hombres desnaturalizados y de la más refinada crueldad; pero también es cierto que eran el menor número, y que con éstos venían apóstoles de la cristiandad del carácter, abnegación, desprendimiento y santidad de Luis Beltrán, Pedro Claver, Martín de Porres, Bartolomé de las Casas, Pedro Simón, Juan Cornejo, y todo ese ejército de presbíteros y frailes de diferentes órdenes religiosas que con sin igual paciencia y sublime vocación, atraían, bautizaban, catequizaban y educaban para la vida civilizada aun á los aborígenes más irreductibles; y es constante y ciertísimo que de los legos ó meramente civiles ó militares la mayor parte eran caballeros de valor y osadía, capaces de haberse las en los campos de batalla con la misma gallardía con que hacían resaltar en sus costumbres el amor á la gloria y el honroso empeño de servir á Dios y á su Patria; ni resistiría un paralelo favorable á nuestra República si, comparando tiempos, lugares, distancias y progreso general de la civilización, quisiéramos equiparar las ventajas obtenidas por nuestros pueblos. Las quejas al soberano por los desafueros de las autoridades inferiores habían de elevarse á una Corte situada en Europa, y hoy no alcanzan esas quejas á ser oídas á tres ó cuatro miriámetros de distancia, á pesar de ferrocarriles y telégrafos. Quejábanse nuestros padres de la Inquisición, del derecho penal, del tormento y de los procedimientos judiciales; y hoy, en tiempo de la República, la injusticia ha sido sistemática, el tormento infame y vergonzosas las mazmorras en donde se recluye á los desgraciados, á pesar de la nobilísima evolución del derecho, de la bondad de nuestras leyes y de la sublimidad de doctrinas en que abundan libros y folletines. Los dos millones de habitantes que en 1808 tenía el Virreinato de Nueva Granada producían en

impuestos, gravámenes y exacciones menos de dos millones de pesos, y hoy los cinco millones que la pueblan producen, en las mil formas de sus impuestos y gravámenes, más de diez y seis millones. Al Imperio cuyos dominios no se ocultaba el sol, no le era dable en aquellos tiempos extender el ramo de instrucción pública tal como los Gobiernos actuales lo atienden hoy en su respectiva jurisdicción; pero es preciso convenir en que la dominación española hizo cuanto á este respecto fue posible. Los seminarios y conventos, semilleros de buenos monjes para las misiones y de jóvenes medianamente ilustrados para el siglo, no escasearon en las Provincias del Virreinato; y en cuanto á colegios de enseñanza profesional, basta para un justo agradecimiento recordar los dos núcleos de ciencia y sabiduría del de Nuestra Señora del Rosario y de San Bartolomé, cunas intelectuales de las más grandes ilustraciones que engrandecieron la Gran Colombia. ¿Ni cómo desconocer el florecimiento científico que á fines del siglo XVIII brilló con eternal aurora en nuestras colonias? Tribunos elocuentísimos como los Camachos, los Acebedo Gómez, los Castillos; naturalistas como Zea, Lozano, Ulloa; matemáticos como Caldas, Rodríguez; geógrafos como el mismo Caldas y Restrepo (el historiador); médicos como Fernández Madrid, Plata; pintores como Matiz, Rodríguez; jurisconsultos como Camilo Torres, Pey, Azuola, Soto, Restrepo (José Félix), los Tobares, los Osorios, los Domínguez; en fin, hombres como aquellos á quienes se refería Enrile al decir que España no necesitaba sabios; ni los ha habido superiores en las Repúblicas sudamericanas, ni se han formado en ningún país del mundo por obra de la casualidad: fueron fruto del cuidado de España por la ilustración de sus colonias, y fueron genuinos representantes de su época y de su raza.

Tampoco se comprenderá lógicamente que una nación como la antigua Colombia, surgida del fragor de los combates, ceñida la frente con diadema de laureles, envuelta en la flotante vestidura del iris de los pueblos libres, hubiera sido reconocida al punto por las naciones más serias y civilizadas de ambos continentes, si los congresales de Cúcuta hubieran sido hombres de una sociedad abyecta y embrutecida, como la quisieron exhibir nuestros historiadores, ni habrían bastado para tanto los esfuerzos de inteligencia de eminencias como Andrés Bello, José Joaquín de Olmedo, José Fernández Madrid, Francisco A. Zea, Rafael Revenga, Joaquín Mosquera, Ignacio Tejada y demás ilustres campeones, fundadores de la diplomacia colombiana.

Los que tan apasionadamente y tan sinrazón siguieron escribiendo y hablando contra la política de la Madre Patria, lo hicieron porque tomaron en serio los manifiestos é historias que por modo exculpativo lanzaron nuestros pró-

ceres para cohonestar el movimiento revolucionario, para invocar el auxilio de las naciones extranjeras, ó cuando menos para conseguir el reconocimiento de su beligerancia, y para mover los pueblos á la guerra. Y debemos tener en cuenta que la situación crítica y por demás desordenada y aflictiva en que se hallaba la Península por causa de la invasión francesa de 1808, en adelante hizo que á las colonias se les reconociera no solamente el grado de importancia y de poder á que habían llegado, sino también que se les considerara como Provincias de la monarquía, de cuyo Gobierno debían hacer parte y en cuyas Cortes debían tener representación.

Mas es lo cierto que el reloj de los siglos había señalado la hora en que las demarcaciones geográficas de la América española debían erigirse en países independientes y entrar con su propia categoría en la sociedad internacional.

Desde que terminó la guerra de usurpación y de conquista con la consecuencia del dominio armado en el Virreinato de Nueva Granada, Capitanía General de Caracas y Presidencia de Quito, los pueblos laboraban y se desenvolvían muy lenta pero progresivamente al amparo de la paz, sin sacudimientos ni convulsiones políticas, sin que los habitantes pensaran en otros asuntos que en el bienestar de sus hogares y en el respeto y obediencia á las leyes; fué de una insurrección de los negros en la Provincia de Cartagena contra sus amos, y del movimiento de los Comuneros, y de una ligera adhesión que tuvo la rebelión del indio Tupac Amaru del Perú, ningún acontecimiento revolucionario había llamado aquí la atención. La insurrección de los negros fue un hecho que apenas pudo ser asunto de policía; el movimiento del Inca tan sólo dio señales de eco en las Provincias de Pamplona y Mérida; el de los Comuneros fue justo y patriótico, sirviendo, al mismo tiempo que de pedestal de gloria de Berbeo, Monsalve, Plata y demás compañeros, de protesta y de advertencia á las autoridades españolas de que no impunemente se extorsiona á los pueblos por medio de subalternos que abusan del poder que les confían sus superiores; pero en este de los Comuneros tampoco hubo conato de independencia, ni se advirtió otro carácter que el de simple desorden político; sólo sí que la desgraciada tragedia de Galán, Alcantuz, Ortiz y sus secuaces tuvo sus consecuencias en la alta política, como todo lo que obedece á las imperiosas leyes de la dinámica social.

Cuando los individuos llegan á la plenitud de su desarrollo físico, moral é intelectual, se sustraen de toda dependencia y tutelaje para manejar sus propios negocios y ser árbitros de su suerte: así las naciones. Los hombres pudientes y de alguna importancia de Nueva Granada, Venezuela y Ecuador formaban núcleos de vasta ilustración y podero-

sa resistencia; muchos de ellos habían sido educados en Europa, muchísimos seguían el curso de las nuevas ideas y de la moderna civilización; la jurisprudencia y la política, las ciencias naturales, la literatura y el trabajo y el capital eran ya bastantes para la formación de las clases superiores y para dirigir á las masas populares; todo suministraba elementos de vida y de fuerza para la existencia de las naciones de vida independiente y soberana. Por otra parte, al favor que España le dio al desarrollo industrial permitiendo la inmigración de individuos extranjeros, ya comenzaba á haber en estos sus dominios algunas colonias extranjeras que, amén del influjo y la expansión de las doctrinas revolucionarias francesas, traían su contingente á acrecer las corrientes ya aumentadas por los precursores. Como la naturaleza da vigor y desarrollo á sus reproducciones, la España misma daba á luz sus nacientes hijas; y si ese alumbramiento debía producir sus estertores y convulsiones, la lucha se empeñaría entre hombres de la misma raza, de la misma religión y con idioma tan elocuente y rico cual lo es el de Cervantes, de Gallego y de Quintana; los que habían de luchar diez años consecutivos, desde el Cauca y el Magdalena hasta el Marañón y el Orinoco, nietos eran de Viriato y de Pelayo, y hermanos de los que con febril denuedo arrojaban de su suelo, tras mil sangrientísimas batallas, las divisiones napoleónicas; los que habrían de sostener los inenarrables asedios de Cumaná, Puerto Cabello y Cartagena, sentían en sus arterias la sangre de los de Sagunto y de Numancia, de Gerona y Barcelona; y los que habían de forzar la barra de Maracaibo y rendir á Callao y á Guayaquil, el mismo aliento respiraban de Churruca y de Gravina.

*
* *

En el último tercio del siglo xviii, en la tranquila y dormitada Provincia de Antioquia, el infatigable trabajo de sus habitantes proporcionaba halagadores resultados á quienes con empeño tenaz se consagraban al laboreo de las ingentes minas de oro en las hoyas del Cauca, del Porce, del Nechí y en los inagotables filones de las cordilleras, al mismo tiempo que se descubrían las minas de cinabrio en el Cuarzo (hoy la hermosa población del Retiro) y se sacaban diamantes del río Chico, todo lo cual daba extraordinario incremento al comercio en la forma de permutación de minerales preciosos por artefactos europeos de toda calidad. Trabajaba con empeño y comerciaba en esas riquísimas montañas el europeo don Luis Girardot, hijo de padres franceses, parisienses, don Juan Luis Girardot y doña María Luisa Brezant.

Cuando don Luis, después de constantes y laboriosas faenas, logró hacer un notabilísimo capital, resolvió arraigarse definitivamente en nuestro suelo (1), casó con doña Josefa Díaz, en segundas nupcias; de este matrimonio nació el primogénito en 1791 (2), á quien le pusieron el nombre de Atanasio. Pocas son las noticias que tenemos de la infancia de ATANASIO GIRARDOT; sólo abemos que siendo don Luis hombre acaudalado, bien pudo vencer las dificultades, muy grandes por cierto, que en aquella época se presentaban á los antioqueños para trasladarse á la capital del Virreinato á educar convenientemente á su familia (3); así es que en 1805 don Luis vivía en Bogotá, en la tercera Calle Real, con su esposa, que tenía una fortuna mayor de \$200,000, en moneda de aquella época; por entonces ATANASIO, colegial que fue del Mayor de Nuestra Señora del Rosario, cursaba en la Escuela de Derecho de la Universidad de Santo Tomás, en donde concluyó sus estudios de abogado, obteniendo sus diplomas en 14 de Agosto, 5 de Septiembre y 30 de Octubre de 1810. Ya había ascendido á Teniente de una Compañía cuando estalló la revolución de independencia, en ese año.

La infame traición con que por parte de las autoridades fueron violadas las capitulaciones de Zipaquirá en 1781; la crueldad con que fueron sentenciados los que continuaron en la guerrilla de los Comuneros; el incremento que había tomado la propaganda revolucionaria iniciada por Nariño con la publicación de los *Derechos del Hombre*; las persecuciones establecidas contra Nariño, Zea, Plata, Pradilla y otros sindicados de conspiradores; la decapitación de José María Rosillo y Vicente Cadena en Casanare, cuyas cabezas se enviaron á Bogotá para que fuesen fijadas en escarpías; las desavenencias entre el Cabildo y el Corregidor de Pamplona; las maneras ultrajantes é indecorosas con que el Corregidor don José Valdés trataba á los habitantes del Socorro; el enardecimiento político que agitaba los espíritus de Bogotá, divisiones entre las autoridades y exacerbación de

(1) Don Luis Girardot vino á América en 1782; casó primero en Tunja con doña María Teresa la Rotta, y, habiendo enviudado, pasó á la Provincia de Antioquia, en donde contrajo segundas nupcias y tomó carta de naturalización en el Nuevo Reino de Granada. Fue Alcalde de Honda y prestó importantes servicios en la pacificación de los indios tamaras, en Casanare, en 1787.

(2) «En 8 de Mayo de 1791 el doctor don Jerónimo de la Calle bautizó, puso óleo y crisma á don Manuel Atanasio, hijo legítimo de don Luis Girardot y de doña Josefa Díaz. Fue padrino el doctor don Manuel Londoño, advertido, *et ut constet*—Tirado.»

(3) «Don Luis Girardot, del comercio de esta ciudad, remató el día 10 de Enero de 1806 las mercaderías que el Administrador de la real renta de alcabalas le embargó á don Pablo Fernández; ese remate lo hizo en \$1,290, de aquel tiempo, al contado»—(Archivo Nacional, Alcabalas, tomo 7, página 310).

los partidos; todo esto cargó de tal manera el ambiente moral de la sociedad santafereña, que bastó un incidente tan insignificante en sí como el muy conocido disturbio personal del ramillete, para que á la manera de una descarga eléctrica se produjera la revolución del 20 de Julio. Enérgico fue este movimiento, como las convulsiones de una nación; imponente como la iniciación de quince años de sangrienta guerra en que se sucedieron los triunfos y los desastres, el martirio y las victorias en todo el Continente americano; sublime como el gigantesco alumbramiento en que aparecen diez naciones ante la familia universal; ó, valiéndonos del estro del poeta, el 20 de Julio

es la fecha inmortal que el pueblo inscribe
en el gran calendario de sus glorias:
en ella conmoviendo los abismos
cual mar que bulle en tumultuosas olas,
quebranta la coyunda, se ennoblece
y eterna independencia altivo entona.

Aquel gran día era viernes—día de mercado según la costumbre secular de Bogotá,—y por consiguiente había una afluencia considerable de gentes de los campos, de los pueblos y aun de las Provincias más cercanas de la capital; al grito de *¡Mueran los chapetones!* se cerraron todos los almacenes y tiendas del comercio, se alborotó el mercado, muchos se salieron de sus casas, y varones, mujeres, niños, pobres y ricos, todos se levantaron contra las autoridades españolas; y rapaces que aún no habían llegado á la pubertad, tales como el que en ese día principió su gloriosa carrera militar y que más tarde fue el immaculado héroe General José María Ortega y Nariño, salieron con el cuchillo de la cocina de su casa á tomar parte en el movimiento popular; hasta señoras tan respetables por su posición social y sus virtudes como doña Gabriela Barriga, doña Petronila Lozano, doña Melchora Nieto, doña Josefa Baraya y otras no menos distinguidas, tomaron parte en aquel acto revolucionario. El Teniente ATANASIO GIRARDOT hacía parte, como ya se dijo, del Batallón *Auxiliar*, que constituía la guarnición española comandada por don Juan Sámano. De la misma manera que el Capitán don Antonio Baraya y otros Oficiales del Batallón, GIRARDOT se puso á favor de la revolución; y su padre don Luis Girardot concurreó en la noche de aquel día inolvidable á la sala del Cabildo abierto, siendo el primer europeo que se presentó y que ofreció su persona y puso su cuantiosa fortuna al servicio de la Independencia.

La juventud, siempre tan ávida de novedades, tan amiga de la oposición política, tan opuesta á la represión, y por consiguiente tan amante de la libertad, tan idealista en sus anhelos y tan generosa para prodigarse, tan enérgica en sus actitudes, tan valiente en los peligros, tan ardorosa en sus re-

soluciones, y en todo tan llena de vida, de fogosidad y de atrevimiento; esa juventud no podía menos de ser la falange poderosa con que contaron para la revolución los hombres de edad, sabios y prudentes, que tomaron la iniciativa. Por otra parte, la idea revolucionaria que oculta y se alimentaba y enardecía como el fuego en las entrañas de un volcán, se levantó y prendió en la casi totalidad de las Provincias de la Nueva Granada, que siguieron el ejemplo de Bogotá, como ésta había seguido el de Quito y de Caracas. Sólo en Panamá y Ríohacha no se quiso coadyuvar á la empresa revolucionaria.

Hallábase en aquel tiempo como Gobernador de la Provincia de Popayán el Teniente Coronel don Miguel Tacón, quien por ser enemigo de los movimientos revolucionarios había cooperado de la manera más eficaz contra la insurrección de Quito. Era Tacón activo, inteligente, audaz y amigo de las intrigas; y, obligado por la pujanza de la opinión revolucionaria de los payaneses, convocó el día 5 de Agosto de 1810 un Cabildo abierto de numerosos padres de familia de la ciudad, en que se acordó invitar á las demás de la Provincia para que eligieran y enviaran sus Diputados á la capital; esas diputaciones resolverían si debían unirse ó nó á la suprema Junta de Bogotá; pero entretanto, con el objeto de conservar el orden público, se estableció el mismo día una Junta de Seguridad, compuesta de cinco miembros facultados para convocar la Asamblea Provincial. La conducta de Tacón no era leal; cuando vio claramente las opiniones de la Provincia, llamó con el mayor sigilo las tropas que en Pasto comandaba don Gregorio Angulo, sedujo al Cabildo, á varias familias de Popayán y á algunos eclesiásticos; sintiéndose apoyado por esos elementos y favorecido por las antiguas rivalidades que siempre han existido entre las poblaciones del valle del Cauca y Popayán, disolvió la Junta de Seguridad; y con dilatorias y subterfugios, y valiéndose de las tropas de Angulo, frustró las tentativas de esa ciudad. Fue entonces cuando se confederaron las ciudades del Cauca, y, señalando como capital á la de Cali, enviaron á ésta sus Diputados, quienes establecieron allí su Junta de Gobierno.

El movimiento de los patriotas caucanos era un reto al sostenedor de la soberanía española; ese reto fue aceptado; y como Tacón tuviera ya á su disposición suficientes recursos personales y materiales en una División de 1,500 hombres de todas armas, y hubiera fortificado el puente principal del río Cauca, procedió á hacer disolver la Junta de Gobierno y á someter por la fuerza á los pueblos confederados. La Junta por su parte se apercebía á la defensa; no tenía recursos de dinero, caballos, vituallas ni los otros elementos que exigen los aprestos militares; pero el patriotismo y des-

interés de los miembros de la Junta (doctor Joaquín Caicedo, don José María Cabal, doctor Nicolás Ospina, fray José J. Meléndez, fray José J. Escobar y doctor José María Cuero Caicedo) lo proporcionó todo por medio de donativos voluntarios y empréstitos; y habiéndose apoderado de unos fusiles y pertrechos que de Panamá se habían enviado al Gobernador, y recogido cuantas armas fue posible entre los habitantes, alistó 800 hombres y pidió auxilios á Bogotá.

Recibidas tales noticias y la petición de auxilios, la Junta de Santafé dispuso inmediatamente el envío de una columna de 300 hombres que, á órdenes del Coronel Antonio Baraya, marchó hacia Cali por caminos intransitables, en época de lluvias torrenciales y á marchas precipitadas. Tan pronto como llegó Baraya, la Junta de Cali puso á sus órdenes los 800 hombres que tenía el Comandante don Miguel Cabal. Con esa fuerza de 1,100 hombres el Coronel Baraya se puso en marcha y abrió operaciones contra las fuerzas de Tacón, al mismo tiempo que por el páramo de Guanacas amenazaban á las fuerzas realistas 400 hombres que, organizados en Neiva, conducían el Coronel José Díaz, el presbítero Andrés Ordóñez, Cura de la Plata, y los señores Fructuoso Durán y José María Lombana, quienes por medio de estratagemas hacían creer que estaban bien armados y pertrechados de fusiles y artillería. Apoyado por esa fuerza, Baraya quiso sitiarse á Popayán; mas las dificultades para la empresa eran demasiado considerables, por lo cual se creyó preferible atacarlos inmediatamente, y así se resolvió.

Tacón, como se ha dicho, estaba preparado para las contingencias de la guerra; se situó, pues, en el fuerte que había construído en el río Cauca, cerca de la ciudad, y destruyó el puente por donde podía pasarse el río Piendamó, que á la sazón estaba crecido hasta los montes (28 de Marzo de 1811). Tacón esperó el ataque. La vanguardia de los patriotas, al mando del Capitán Nicolás Larrahondo, avanzó hasta el *Alto del Cofre*. El Teniente don ATANASIO GIRARDOT llegó con la Compañía que formaba la descubierta, avanzó hasta el río Palacé, y desde allí divisó la fuerza de Tacón que se aproximaba en orden de combate, el cual no se hizo esperar, pues atacada al punto la descubierta patriota, ésta resistió á pie firme, trabándose la acción á la una de la tarde, con un bien sostenido fuego de fusilería y artillería, siendo muy poco más de 100 hombres los de Baraya que principiaron el combate, porque el grueso de la columna demorábase pasando el Piendamó. Al fin llegaron los refuerzos y se generalizó el combate.

«Las tropas de Tacón—dice Restrepo—pasaron el puente de Palacé y arremetieron á las de los independientes, que se hicieron fuertes detrás de unas cercas de campo. Así duró el combate hasta las cinco de la tarde, hora en que princi-

pió á llegar la caballería patriota que mandaba don Miguel Cabal. Desalentado entonces Tacón, se retiró en desorden á su campamento del río Cauca, dejando 70 muertos, 38 prisioneros y algunos heridos. Los patriotas sólo perdieron 9 hombres, entre ellos el Capitán don Miguel Cabal, rico propietario, Oficial de muchas esperanzas, patriotismo é influjo, cuya muerte fue generalmente sentida.»

«GIRARDOT—dice don José María Baraya en sus *Biografías Militares*—forzó y tomó con bandera en mano el puente Cauca, defendido por una avanzada del enemigo.»

Algo debe de haber que seduce ú oprime la voluntad de los hombres en relación con ciertos hechos cuya causalidad nos es desconocida; hay como signos exteriores que indican arcanos sólo conocidos de la Providencia, y que á nosotros nos está vedado penetrar; porque es muy significativa, muy extraña casualidad—sies que en casualidades hemos de creer,— que GIRARDOT en su bautismo de fuego, en la primera gloria de su vida militar, hubiera saboreado el placer de la victoria enarbolando la bandera de la Patria con su propio brazo, sin ser su oficio en las filas el de portaestandarte, y que en su último combate, al despedirse para siempre de la Patria y de la vida, cayera victorioso también, y también conduciendo por su propia mano el oriflama de las fuerzas republicanas; mas sea de ello lo que fuere, es lo cierto que de entre tantos jóvenes héroes, patriotas entusiastas y ardorosos, como los que salieron de Bogotá con el Coronel Baraya, que supieron conquistarse un nombre esclarecido en la guerra de emancipación, en aquel combate, conocido en la historia con el nombre de Bajo Palacé, el único nombre que los anales recogieron con admirador entusiasmo fue el de ATANASIO GIRARDOT; joven gallardo, buen mozo, de pecho levantado, de mirada azul penetrante, cabellos rubios y sedosos, tez sonrosada, de buena educación y sumamente ilustrado é inteligente.

El mismo autor de las *Biografías Militares* escribe en la del General Antonio Baraya el siguiente párrafo, que nos parece digno de consignarse:

«Refiérese que después de la acción de Palacé le decía GIRARDOT á un Oficial español, avergonzado de su derrota: “No extrañe usted que los hayamos vencido: si ustedes son de la tierra del Cid, nosotros somos sus descendientes legítimos.” GIRARDOT sabía ya de cuánto era capaz, y parece que presagiaba sus gloriosos hechos y su muerte heroica.»

Con motivo de la derrota sufrida en Palacé, Tacón huyó precipitadamente con sólo 700 hombres hacia Pasto, lugar adonde había enviado con antelación los caudales que había en Popayán pertenecientes á la Casa de Moneda, á la renta de diezmos y á la Tesorería Real, todo lo cual

sumaba como 500,000 pesos; y Baraya ocupó fácilmente la ciudad capital, con lo cual pudo trasladarse á ésta la Junta de Cali y organizar la Junta de Gobierno de la Provincia, que entonces se compuso de los señores doctor Joaquín Caicedo, Presidente; doctor José María Cabal, Vicepresidente; don Antonio Camacho, don Toribio Miguel Rodríguez, don Manuel S. Vallecilla, don Felipe Antonio Mazuera y don Francisco Antonio Ulloa, Secretario.

Correspondióles al Coronel Baraya y á la *Columna Auxiliar* de Cundinamarca ser los primeros en medir sus fuerzas y empeñar reñido combate contra las tropas que enarbolaron la bandera realista para sujetar á sangre y fuego á los republicanos, y desde ese momento quedaron enfrentados los dos partidos que en sangrientísima lucha y continuado batallar estuvieron durante diez y siete años sembrando de cadáveres los territorios de las colonias sudamericanas; pero no quiere decir ello que aquel Jefe patriota fuera un gran Capitán, ni mucho menos un estratégico notable; y una injusticia sería exigir tanto de él, porque precisa tener en cuenta que el día 20 de Julio tan sólo era Capitán de una Compañía del *Batallón Auxiliar*, que servía de guarnición al Gobierno del Virreinato; Compañía que para el Gobierno español cometió el delito de traición pasándose con su Capitán á los revolucionarios, y que para éstos adquirió el imponderable y señaladísimo honor de ser el primer apoyo material de los Padres de la Patria. Así se comprenderá que Baraya, militar de guarnición simplemente, en una época en que ni se hacían campañas ni se libraban combates, podía ser (y lo fue realmente) miembro de una distinguida familia, muy caballeroso y de innegable pundonor militar; pero no había porqué supiera, fuera de lo que se lee en las ordenanzas militares, lo que son las necesidades de la guerra, ni lo que son las particularidades de lo que en las operaciones de campaña se llama táctica sublime, ni lo que en tales materias significan la iniciativa y la actividad. De aquí que el Jefe vencedor en el Bajo Palacé entrara á Popayán, y sin cuidarse del enemigo, le consintiera á Tacón una huída precipitada con los 700 hombres que le quedaron, sin intentar la persecución. Y fue sólo en Julio cuando á la cabeza de las mismas tropas con que había tomado á Popayán siguió con su expedición buscando á su enemigo hasta Mercaderes, cuando ya Tacón era hostilizado nuevamente por otros patriotas en las montañas de Patía.

Dejando encargado de las operaciones bélicas sobre el enemigo á su segundo el Coronel Joaquín Caicedo, Baraya contramarchó con la fuerza cundinamarquesa á Popayán, plaza en la cual permaneció hasta Diciembre. En este mes se dirigió con sus tropas á Cundinamarca por orden que recibió del Presidente Nariño, trayendo, ya no como Te-

niente sino como Capitán, á GIRARDOT, en virtud de haberse declarado la refriega del Palacé acción distinguida de valor (1).

Durante la ausencia de Baraya y sus valientes Oficiales en la expedición del Sur, se verificaron en el centro y las demás Provincias muy variadas y notables ocurrencias respecto del movimiento político de la Nueva Granada, siendo de todas las más notables la sanción de la Constitución del Estado (30 de Marzo de 1811); la posesión de la Presidencia del mismo, tomada por don Jorge Tadeo Lozano (1^o de Abril), y la promulgación de la Carta Constituyente (4 del mismo); la usurpación de esa misma Presidencia por don Antonio Nariño, á favor de un tumulto popular (19 de Septiembre); el pacto de unión federativa de varias porciones del ex-Virreinato, bajo el nombre de *Provincias Unidas de Nueva Granada*, hecho por las respectivas Diputaciones (27 de Noviembre), solicitando la unión de las otras Provincias; la lucha armada entre los republicanos de Cartagena y los realistas de Santa Marta; los esfuerzos que los partidarios del antiguo régimen hacían en Venezuela para dominar la revolución, y las amenazas que hacían sobre la Provincia de Pamplona; y en fin, el conflicto que se produjo entre el Gobierno de Nariño y la autoridad del Congreso, ó sea entre centralistas y federalistas; todas estas ocurrencias no fueron buenas, pues algunas de ellas fueron por extremo desfavorables al bienestar y progreso de la nueva nacionalidad, y no solamente ocasionadas á labrar mil desgracias en la época en que se sucedían, y á entorpecer los aprestos para la pública seguridad, sino también el origen de las disensiones intestinas y de los apasionamientos y las rivalidades entre personas, familias y partidos, que desde aquellos tiempos han venido por modo fatal atormentando nuestra existencia social.

El 10 de Enero (1812) entró el Coronel Baraya en Santafé (hoy Bogotá) con su gloriosa expedición, entre cuya Oficialidad sobresalía el Capitán ATANASIO GIRARDOT; y en esta

(1) Don Jorge Tadeo Lozano, Presidente de Cundinamarca, dirigió á los expedicionarios del Sur su proclama de 18 de Abril de 1811, en la cual les decía:

«...El Gobierno, para remunerar la gallardía de los libertadores de Popayán, ha resuelto que al Jefe de la Expedición, Coronel don Antonio Baraya, se le dé el grado de Brigadier; á su segundo el Capitán don José Ayala, el de Teniente Coronel; al Teniente don ATANASIO GIRARDOT, el de Capitán; al Alférez de Artillería don José María Cancino, el de Teniente, y al Sargento Mariano Márquez, el de Alférez. Igualmente, en favor de estos Oficiales, de los soldados que sostuvieron el primer choque y de los demás que á juicio de los Jefes se distinguieron en bizarría y denuedo, decreta que se pongan en el brazo izquierdo un escudo de honor, amarillo y rojo, con esta inscripción: DEFENSOR DE LA LIBERTAD EN PALACÉ.»

capital se les prodigaron los honores de la victoria, habiendo salido á encontrar á los expedicionarios hasta bien lejos de la ciudad todos los patriotas, que los aguardaban con regocijo y entusiasmo, y como á quienes el Gobierno de Cundinamarca había decretado un escudo de honor, conforme lo había hecho el de Popayán.

Mal auguraban los principios del año para el sosiego é independencia de la República: el horrendo monstruo de la contienda intestina tomó la actitud de la vieja Némesis entre los que querían el sistema central y los federalistas. El dictador Nariño, hombre enérgico, inteligente y sagaz, estuvo resuelto á someter á los que con la federación sostenían la anarquía; y como los Cabildos y ciudadanos de las villas de San Gil y Vélez rechazaban la idea federalista procurando su anexión al Gobierno central, de la misma manera que lo hicieron Leiva, Garzón y Purificación, segregándose de sus respectivas Provincias, Nariño—dice el historiador Groot—mandó á la ciudad de Vélez y pueblos de su jurisdicción el auxilio de tropa que pedían, consistente en el Batallón *Provincial*, comandado por el Capitán Ignacio Salcedo y ATANASIO GIRARDOT. Ocúrresenos que Salcedo y GIRARDOT debieron ir con el Batallón mencionado como parte de la expedición con que el Teniente Coronel Joaquín Ricaurte marchó á sostener las fuerzas centralistas de la Provincia del Socorro, pues en ninguna obra histórica encontramos la causa de la separación de GIRARDOT de las tropas de Baraya, nombres que á los pocos días volvemos á encontrar juntos en marcha para Sogamoso.

En efecto, de Bogotá salió (12 de Marzo) una expedición de 350 hombres al mando del Brigadier Baraya, que debía llegar á Salazar para oponerse á las fuerzas del español don Ramón Correa, que amenazaba invadir la Provincia de Cúcuta y las del Norte. Restrepo dice que ello era un pretexto solamente, pues que Nariño dio al Brigadier instrucciones reservadas para que se detuviese en Tunja, procurando, por cuantos medios pudiera, desorganizar el Gobierno, dividir la Provincia y anexarla á Cundinamarca; pero que habiendo encontrado aquel Jefe una tenaz resistencia en el Gobernador Niño y su asesor García Rovira, y no hallando motivo justificativo para romper hostilidades y usar de la fuerza, Baraya tuvo que trasladarse á Sogamoso, y por intrigas logró que esta población se entregara á Santafé. El señor Groot absuelve á Nariño de semejante cargo, negando que la marcha de Baraya con sus tropas al Norte fuera un pretexto; ni tampoco lo creemos nosotros, porque en la correspondencia que durante las desavenencias que el dictador tuvo con los federalistas, siempre mostró empeño en que aquella expedición marchara á combatir con Correa, ó que se le devolvieran las armas para marchar él mismo á Cúcuta con

ese objeto. Sea lo que fuere, la verdad es que en dicha expedición iban Oficiales de la talla de Francisco José de Caldas, Francisco de P. Santander, Rafael Urdaneta, Luciano D'Elhuyart y otros á quienes la gloria acarició con resplandeciente nimbo, y que por sobre esa Oficialidad resaltaba la figura de ATANASIO GIRARDOT.

Mientras que el Congreso de las Provincias Unidas se instalaba en Ibagué, y sabedor del próximo rompimiento entre el Gobernador de Tunja y el General Nariño, quien enviaba á aquella ciudad una Comisión compuesta de los Diputados Camilo Torres, Frutos Gutiérrez, José María del Castillo y Juan Miramón, para que en calidad de mediadores arreglaran pacíficamente la discordia civil, Baraya, que como hemos visto, había salido hacia el Norte en calidad de subalterno del Gobierno central, cometió, con mengua de la disciplina y con desdoro de la lealtad que impone el honor militar, el acto proditorio de pasarse con sus tropas á defender la causa de los federalistas, acto éste que trató de legitimar con un Consejo de guerra de sus Oficiales, en cuya acta se resolvió (25 de Mayo) que el Brigadier no obedeciese la orden de Nariño de retirarse á Bogotá, sino que de acuerdo con los Gobiernos de Tunja y Pamplona trabajase en favor del Congreso, siempre que todas las operaciones militares fueran dirigidas por el mismo Brigadier; que si el Gobierno de Cundinamarca le ordenase dirigirse contra los enemigos exteriores, después de verse si verdaderamente había peligro trascendental, se procedería á la defensa de acuerdo con las Provincias, no por obedecer al Presidente de Bogotá, sino por haber peligro para la libertad; y que sólo obedecerían las órdenes del Congreso. Este paso, verdaderamente sedicioso, hijo, según nos parece, de una mal aconsejada ambición de mando de Baraya, y demasiado peligroso en la institución militar, puesto que por él los miembros del Ejército se descargaban de la obediencia pasiva para convertirse en cuerpo deliberante, habría sido suficiente para que en otras circunstancias y en otra época Baraya y sus subalternos hubieran sido pasados por las armas con toda justicia; mas obsérvese que en esa acta que tenemos á la vista, y en la cual se encuentran las firmas de Antonio Baraya, José Ayala, Francisco Caldas, Rafael Urdaneta, Antonio José Vélez, Manuel Ricaurte y Lozano, José María Ricaurte, José Arce, Angel González, Lino María Ramírez, Francisco de P. Santander, Luciano D'Elhuyart y Bastidas y José Agustín Rosas, no figura la de ATANASIO GIRARDOT, lo cual es un título de honor para nuestro egregio protagonista; sin que esto hubiera sido un obstáculo para que se le hubiera concedido el ascenso de un grado, como en efecto lo concedió el Congreso á Baraya y á todos los Oficiales que lo acompañaban. Después de aquel Consejo, Baraya marchó con su co-

lumna á someter al General Pey, quien por orden de Nariño se hallaba en el Socorro en lucha abierta con los federalistas de esa Provincia.

En tanto se verificaba tan detestable defección y el General Baraya procuraba unos arreglos pacíficos con Pey, el dictador se dirigió con 800 hombres á Tunja, plaza que ocupó sin ninguna oposición (30 de Junio), porque el Gobernador Niño y sus subalternos se dirigieron á Santa Rosa. En Tunja, contra lo que debía aconsejarle su pericia militar, permanecía estacionario Nariño cuando se supo que por no haberse llevado á cabo el convenio propuesto, las fuerzas de Barayá batieron por completo á don José Miguel Pey en Paloblanco, cerca de San Gil (19 de Julio), cayendo prisionero este General, el Teniente Coronel don Bernardo Pardo y 100 compañeros más, tomándoseles la artillería y 250 fusiles, al mismo tiempo que don Justo Castro, con la columna que debía reforzar á Pey, se rendía á los milicianos de Charalá, con lo cual y con la defección de Baraya los centralistas venían teniendo una pérdida de más de 800 hombres, 700 fusiles y 20 piezas de artillería, que pasaron á las tropas de los federalistas. Con semejantes noticias no le quedó á Nariño otro recurso que el de apresurarse á concluir un tratado con el Gobierno de Tunja, que se firmó en Santa Rosa el 30 de Julio, y en el cual se convino, entre otras cosas: que el Congreso se instalase inmediatamente; que Sogamoso quedase otra vez agregado á Tunja; que la villa de Leiva quedase en libertad para agregarse ó nó; que la agregación del Socorro, Mariquita y Neiva la resolvería la Gran Convención de Nueva Granada, que debía reunirse, y que las armas de Tunja y Cundinamarca quedaban á disposición del Congreso para que fuesen destinadas contra los españoles. Por tal modo terminó esta primera etapa de la execrable guerra civil en que se agotaban las energías y recursos de los patriotas, sin que fueran atendidas las súplicas que á uno y otro contendor dirigían el Gobernador y autoridades de Pamplona, pidiendo armas y tropas para repeler al Coronel don Ramón Correa, que después de obtener un triunfo en San Antonio del Táchira (18 de Junio), ocupó á Cúcuta y amenazó el interior con las tropas sostenedoras del régimen español.

Parecía que con el Tratado de Santa Rosa había de quedar terminada la guerra civil; mas no fue así, porque la infame hidra reprodujo la cabeza que antes se le cortara. Nariño procedió á cumplir fielmente lo pactado; el Congreso se trasladó de Ibagué á la Villa de Leiva, en donde reanudó sus sesiones; y no sólo dio el Presidente de Cundinamarca al olvido cuantos ultrajes se le habían irrogado, sino que correspondió con nobleza á sus empecinados detractores; por último hizo renuncia del poder discrecional de que se le ha-

#77
Oct.
1911
↓

bía investido (20 de Agosto). Empero, la exacerbación de los espíritus no era para calmarse con tan señalados actos de conciliación de parte de Nariño, porque aunque los Diputados que componían el Congreso eran hombres de alta talla moral, abnegados hasta rendir la vida en aras de la felicidad común, y dotados de todo género de virtudes, sus ideas sobre administración política llegaron á formar en ellos una verdadera obsesión. Teníanse noticias de los progresos que hacían las armas realistas sobre la Provincia de Popayán, sobre la de Pamplona, y las de Santa Marta sobre las de Cartagena; mas todo eso no era parte suficiente á que el Gobierno de Tunja despachara, según lo convenido, los batallones á luchar contra el común enemigo; antes al contrario, se exigía que las armas de Cundinamarca fueran entregadas al Gobierno de Tunja; por otra parte, entre disputas llegaron los federalistas hasta causar verdaderas y muy duras hostilidades al Gobierno desempeñado por el Consejero de Estado don Manuel Benito de Castro, por habersele admitido la renuncia á Nariño; así fue que en tal estado de los negocios públicos un sinnúmero de gentes de Cundinamarca se dirigió á Fucha, quinta en donde vivía Nariño, y le suplicó que volviera á hacerse cargo del Poder, á lo cual accedió por reiteradas instancias, una vez que el señor De Castro renunció el puesto y la representación de Cundinamarca hizo la elección; la cual era no sólo del agrado popular sino que una parte de civiles, militares y eclesiásticos y de padres de familia, en número mayor de 1,500 personas, resolvieron en votación pública y nominal «que Nariño debía continuar en el Gobierno con las mismas facultades absolutas que se le habían concedido; que no se obedecieran las órdenes del Congreso, y que no entrara Cundinamarca en la federación» (22 de Octubre).

A tal situación había llegado el ánimo de las facciones, que el Congreso de la Unión expidió un decreto en que declaraba á Nariño usurpador y tirano de la Provincia de Cundinamarca, y á todas las personas de su facción, refractarias y enemigas de la unión y libertad de Nueva Granada, autorizando al Presidente encargado del Poder Ejecutivo, doctor Camilo Torres, para que por cuantos medios le fuera posible suprimiera el Gobierno intruso y su facción que oprimía dicha Provincia, y acordó trasladarse á Tunja para ponerse bajo la protección de las tropas mandadas por Baraya y Ricaurte; esto á tiempo que Nariño por su parte dirigía al mencionado Presidente la intimación de que «no siendo justo que á la sombra del Congreso se mantenga Tunja con las armas de Cundinamarca para impedir su defensa, revolucionando los Cantones de este Estado, es llegado el caso de que, ó sigan las tropas que están en Tunja á arrojar los enemigos de Cúcuta, ó se me entreguen para pasar yo

mismo á atacarlos, ó de que las tropas que tengo acuarteladas con este destino sigan á recoger las armas que perteneciendo á Cundinamarca, detiene injustamente Tunja para atacarla, impidiendo la defensa general. El Supremo Congreso, ó los miembros que hoy le componen, serán responsables personalmente de las consecuencias que se sigan, si por su parte no contribuyen eficazmente á que las cosas terminen de uno de los dos modos propuestos.»

Y en efecto, el dictador Nariño marchó para Tunja (22 de Noviembre) con sus tropas al mando del Brigadier don José Ramón de Leiva, después de haber preparado la organización del Gobierno para mientras durase su ausencia; mas como las fuerzas federalistas estuviesen listas para repeler á Nariño, le salieron á su encuentro. El Jefe centralista atacó al enemigo comandado por el Brigadier Ricaurte, en el alto de *La Virgen* (2 de Diciembre), un poco más allá del pueblo de Ventaquemada, obligándolo á empeñar el combate á las cuatro de la tarde, y abriéndose con tenacidad de uno y otro lado un fuego vivo y porfiado durante dos horas y media, hasta que los soldados de Nariño salieron en desordenada derrota, dejando en el campo 40 muertos, 50 prisioneros, 10 piezas de artillería, fusiles y pertrechos. Debíóse este triunfo especialmente al Batallón 4º de *La Unión*, cuyo Comandante era ATANASIO GIRARDOT, á quien le correspondió siempre la vanguardia en los combates, según lo hemos visto hasta ahora y como lo veremos después. Este Batallón se componía en gran parte de los veteranos que en 1810 formaban el *Auxiliar*, y fue él el que cargó con tan irresistible ímpetu sobre las fuerzas de Nariño, que querían replegarse en orden á Ventaquemada, para empeñar otro combate al día siguiente, que les desbarató ese plan y les infundió tal pánico, que sólo por los esfuerzos del Brigadier Leiva pudieron conseguir algún orden en el regreso á Bogotá.

Muy lejos estaba el General Baraya de ser un buen militar—ya lo hemos dicho,—aunque la fortuna y sus subalternos le ayudaran á salir bien en algunos casos; y Nariño, por el contrario, aunque no era militar de cuartel, militar de cartuchera, como ahora se llama á esos rutineros que saben la táctica del manejo del arma y de las maniobras de un despejo ó parada, pero que en campaña, al frente del enemigo, son nulidades absolutas, cuando no deshonrosas; Nariño, decimos, sí poseía grandes aptitudes para conducir tropas en operaciones campales. Tan pronto como llegó á su capital reavivó el abatido espíritu de sus derrotados, enardeció el ánimo de sus partidarios, aumentó sus fuerzas, fortificó las entradas de la ciudad por San Diego, San Victorino y las Cruces, guarneció con 200 hombres el inexpunable cerro de Monserrate, y se apercebó á la lucha contra el enemigo, que vencedor le venía encima.

En realidad, el General Baraya, con más de 3,000 hombres de la Unión llegó á Usaquén, y desde allí estableció su línea por Suba, Fontibón, Bosa y Tunjuelo, y ordenó al Teniente Coronel ATANASIO GIRARDOT que tomase y ocupase prontamente la fortaleza de Monserrate. Proponíase el General, como tan desatinadamente se propuso antes del combate de Palacé, tomar á Popayán, rendir á Bogotá por el hambre y el asedio, sin considerar que una plaza tan abundante como ésta rara vez se verá exhausta de provisiones, y que con el armamento y la táctica de aquellos tiempos, semejante línea de bloqueo exige por lo menos 50,000 hombres; pero así lo quiso, y así procedió á estrechar la ciudad. GIRARDOT atacó (Enero 5) la guarnición de Monserrate, que había sido reforzada con artillería, y á las cuatro de la tarde comenzó á desalojar de sus parapetos al enemigo, que precipitadamente los abandonó, bajando los soldados centralistas á la ciudad más bien rodando que caminando. Y para tener alguna idea de la impresión que este acontecimiento causara en la sociedad santafereña, precisa tener en consideración que en esta ciudad no se habían oído durante doscientos años de paz más absoluta otras descargas que las de los arcabuces con que muy de tarde en tarde era ajusticiado uno que otro criminal; que no se conocían los efectos de la guerra sino por las historias leídas en algunas casas, y que el carácter naturalmente pacífico de sus moradores sobreexcitaba su sensibilidad por las visiones que sugiere una tímida imaginación; todo lo cual conturbaba más los ánimos con las exageraciones que la conducta que observarían las tropas de la Unión, propagaban ambos bandos: los federalistas, con ánimo de atemorizar á los sitiados y obligarlos á una entrega sin resistencia, aseguraban que tomaban la ciudad á sangre y fuego, con sus desgraciadas consecuencias, si el enemigo no se rendía á discreción; y los centralistas, como natural desahogo de su rencor, y también para alentar más el espíritu de combate, aseguraban que los sitiadores entrarían no sólo pasando á cuchillo inmisericordemente á los habitantes, sino que premiarían á los soldados entregándoles la ciudad al más desenfrenado saqueo. Ya se imaginaban á GIRARDOT bombardeando la ciudad con los cañones, echando á tierra y pulverizando los edificios; y ya por amor á las propiedades, ya por el instinto de la propia conservación, ya por efecto religioso (pues se decía que los federalistas eran enemigos de la religión), se hacían rogativas fervorosamente concurridas, se echaban á vuelo las campanas, se exhortaba á la penitencia, se proclamó á Jesús Nazareno Generalísimo de las tropas asediadas, se levantó el ánimo de los cobardes y se estimulaba con la mayor eficacia á los 1.800 hombres, casi todos reclutas, con que Nariño se percibía á la defensa.

Para que los sitiadores entendieran que en la plaza se encontraban víveres en abundancia, el General Nariño envió una buena cantidad á la fuerza comandada por GIRARDOT, con un oficio concebido en estos términos:

«Una persona que ha venido de ese punto de Monserrate, me ha insinuado la hambre que padecen los prisioneros y las tropas de usted. A pesar del bloqueo que se tiene puesto á esta ciudad y de la inhumanidad con que se quiere arruinarla á sangre y fuego, remito á usted una carga de arroz, un tercio de carne y otro de sal para que se socorran sus tropas y me avise lo más que necesite.»

No aceptó GIRARDOT el obsequio, y arrogantemente contestó:

«Campamento de Monserrate, 6 de Enero

«El acopio de provisiones que he recibido de Suba me pone en estado de no necesitar de lo que usted me remite y devuelvo con el mismo conductor. Sírvasse usted por tanto evitar estas molestias en lo sucesivo, y tenga entendido que no se trata de arruinar á Santafé, con cuya especie se ha querido difamar á un General de cuya bondad se abusa demasiado, sino de restablecer en ella el orden, de que los abusos de la tiranía la han privado, y que muy pronto sentirán los perturbadores del orden público todo el peso de nuestras armas victoriosas.

«ATANASIO GIRARDOT»

Con las fuerzas enviadas por el Congreso á órdenes de Baraya, como Jefe de operaciones, venían, además, el más tarde célebre Custodio García Rovira, en su carácter de Gobernador del Socorro; don Juan Nepomuceno Niño, á quien hemos visto ya como Gobernador de Tunja, ambos Comandantes de las milicias de sus Provincias, y los Diputados José Joaquín Hoyos y doctor Andrés Ordóñez; los cuatro para formar una Comisión política, encargada de las capitulaciones ó convenios que pudieran resultar de la guerra, y de organizar el Gobierno de Cundinamarca, en caso de un triunfo que reputaban seguro; pero esas capitulaciones no tuvieron efecto. Aunque Nariño, por la poca confianza que en la victoria tenía, y aun sometiéndose á una verdadera humillación, había escrito á Baraya, á Caldas y á otros amigos que había en el Ejército de la Unión, con el objeto de conseguir una terminación pacífica, y había enviado Diputaciones al Jefe y á la Comisión del Congreso, haciéndoles concesiones de la mayor importancia, no fue atendido; tuvo en las afueras del pueblo de Usaquén una conferencia con el mismo Baraya, pero fue inútil. Vuelve Nariño á solicitar un arreglo por medio de los Cabildos eclesiástico y civil, y el Jefe sitiador exige «que se reponga el Gobierno en la situa-

ción en que se hallaba el 9 de Septiembre; que se me entreguen todas las armas y pertrechos, y que rindiéndose á discreción la ciudad, espere la clemencia del vencedor : de lo contrario entraré en ella á sangre y fuego.» A vista de tanta renuencia de parte de los federalistas, el día 7 resuelve Nariño tentar la suerte de las armas, dándole una comisión al francés Coronel de Ingenieros Antonio Bailly, quien el día mismo ataca, toma y desbarata con sus compañeros el fuerte destacamento que Baraya había dejado en Usaquén, para trasladarse al lugar central de sus operaciones. Esta pequeña victoria de los centralistas reanimó en gran manera el valor y la esperanza de los sitiados. Este mismo día, á las 6 de la tarde, ofició Baraya á Nariño desde Fontibón, intimándole por última vez para que entregase la ciudad á discreción con cuatro horas de plazo, y avisándole que si no hacía tal, entraría en ella á sangre y fuego. A esta intimación contestó el día 8 Nariño accediendo á todo lo que el Congreso exigía y pidiendo sólo garantía para las personas é intereses de los habitantes de la ciudad, y para él y su familia un pasaporte con el cual pudiera salir de la República; la contestación fue la misma : «rendirse á discreción;» por última réplica el Dictador declaró «que los moradores de Santafé estaban resueltos á derramar hasta la última gota de su sangre si no se les concedía una honrosa capitulación.»

Ya se deja comprender que de un momento á otro debían romperse los fuegos en la línea de combate; por otra parte, desde el día 6 se había cogido un espía que tenía además la misión de conducir una carta á la señora del Diputado Hoyos, en que se le avisaba que dentro del tercero día sería atacada la ciudad; y las autoridades asediadas aprehendieron un posta portador de un papel en que Baraya ordenaba á Girardot que permaneciera en el cerro hasta nueva resolución.

Efectivamente, á las dos de la mañana del día 9 se puso Baraya en marcha desde Fontibón sobre Bogotá, con tropas mal conducidas y sufriendo extravío y demoras en la explanada de la Estanzuela, de modo que sólo llegaron á las cinco de la mañana á la ciudad. Verificando un movimiento envolvente las fuerzas federalistas ocuparon la Calle Honda (hoy carrera 13) y las avenidas que dan á la calle principal del Prado (calle 11 ó de San Miguel), la parte occidental de la plazuela de San Victorino (hoy de Nariño) y la plazuela de los Capuchinos (hoy de San José, ó camellón de la Alameda), con lo cual quedaban los centralistas aislados de la ciudad y atacados por todos los frentes y flancos. Los de Nariño rompieron inmediatamente un fuego nutrido y vigoroso sobre los de la Unión, aunque éstos recibían poco daño por estar bien parapetados tras de las tapias de los solares y las

casas adyacentes; mas como Nariño hiciese mover sobre los flancos derecho é izquierdo cañones de grueso calibre, al disparar algunos tiros de metralla los federalistas abandonaron sus puestos inmediatamente, sufriendo en consecuencia una derrota vergonzosa que les infligieron no más que trescientos valerosos soldados centralistas, quienes sobre la marcha y á la bayoneta se apoderaron de la artillería enemiga que acababa de ser emplazada. A las dos horas y media quedó terminado este triunfo, que completaron las guerrillas en que se dividió el grueso del Ejército centralista con el objeto de perseguir á los fugitivos, tomar prisioneros y recoger los elementos de guerra. Pocos muertos hubo—dicen los historiadores—en este célebre combate, pero sí muchos heridos, y los prisioneros, veinticuatro oficiales de toda graduación, entre los cuales se hallaban el Teniente Francisco de P. Santander (herido), el Capitán Rafael Urdaneta y el Coronel José Ayala (herido), y muy cerca de mil individuos de tropa, y los Diputados Hoyos y Ordóñez. De tan completo desastre no se salvó más fuerza que GIRARDOT con sus trescientos compañeros, que, pudiendo obtener el triunfo sin que nada pudiera impedirles apoderarse de la ciudad, hubieron de resignarse á contemplar desde el cerro de Monserrate la derrota de su Ejército, aguardando nueva orden. Girardot se retiró tranquilamente hasta Tunja, habiendo llevado hasta Ventaquemada los prisioneros que tenía (12 de Enero de 1813). Después se supo que fue Nariño quien falsificó la orden para que Girardot permaneciera en Monserrate aguardando la nueva consigna (1).

En tanto que en Nueva Granada se agotaban energías, soldados y armamentos en la mil veces vitanda y nunca bien execrada guerra civil, con absoluto descuido de los peligros exteriores, la situación de Venezuela era aún más desgraciada: don Domingo Monteverde quedó dueño absoluto de la suerte de este país desgraciado desde el 25 de Julio de 1812 por consecuencia de la capitulación de Miranda, infringida pérfidamente por el representante de la autoridad española. Abriéronse las prisiones y encerrábase en ellas á lo más distinguido y granado del patriotismo venezolano, extremándose el rigor y la injusticia; violentábase los principios más obvios de humanidad y conmiseración; estableciéronse como sistema de pacificación el odio, la iniquidad y la vio-

(1) «Sábado 9—Con motivo de haberse ganado la acción ofició el señor Presidente Nariño á don ATANASIO GIRARDOT, que fue el que tomó á Monserrate y era el Comandante de dichas tropas, que rindiese las armas y se presentase sin temor, y la contestación fue que sí se presentaría, pero á fuego y sangre; por esto el señor Presidente puso arrestados á su padre y madre en su misma casa.»—(*Diario del señor J. M. Caballero*).

lencia, entendiéndose como más humanitario, quizás como más misericordioso, la guerra con su cortejo de muerte, de lágrimas y destrucción; el asesinato, la rapacidad y la infame extorsión llegaron á señalar como un alivio las mazmorras de la Guaira, Puerto Cabello, Valencia y Maracaibo. Las víctimas oprimidas de Venezuela enderezaron entonces (25 de Octubre) una alocución á los granadinos, de la cual copiamos lo siguiente :

« ¡ Pueblos de la Nueva Granada, hermanos, amigos y compañeros! Vosotros, corazones sensibles, si es que aún permanecen en la tierra la compasión y la ternura, mirad por nosotros, compadeceos de nuestras penas, aliviad nuestros tormentos. ¿ Será posible que os hagáis sordos á los lamentos de tantas víctimas desgraciadas que ven pendiente de vuestra caridad el momento de su redención? ¿ Para cuándo reserváis vuestros fraternales oficios, protecciones bien entendidas y generosas liberalidades? ¿ Qué objetos más dignos de vuestra compasión detenida que estos hermanos vuestros que arrastran las cadenas de un yugo extranjero, la vergüenza de la razón y de la humanidad? ¿ Porqué rehusáis sacrificar una parte de vuestros intereses en favor de vuestros hermanos? El horroroso cuadro de nuestras miserias ¿ no será capaz de franquear vuestros cofres y armar vuestros brazos fuertes para destruir á nuestros tiranizadores? Sabed que ni el favor, ni la sangre, ni la amistad, ni el oro, ni la plata pueden abrir las prisiones tenebrosas en que nos tiene encerrados la rabia de nuestros conquistadores: ni aun tenemos el débil consuelo de derramar nuestras lágrimas en el seno de nuestros parientes y amigos. La más cruel incomunicación separa al hijo del padre, al esposo de la esposa, y hasta los ejercicios santos de la religión nos están en cierto modo prohibidos. Innumerables hijos de la desventurada Venezuela gimen en la más dura opresión, y sólo alienta su sufrimiento la esperanza consoladora de que sus hermanos los granadinos se compadecerán de su triste suerte y volarán á romper sus cadenas. ¿ Qué esperáis pues? Nosotros os conjuramos ante el numen tutelar de la Patria, por los vínculos de la fraternidad, por las obligaciones de la alianza que hemos contraído, por la santa causa que defendemos, por la augusta y divina religión que nos es común, á que marchéis veloces á traernos la victoria á los campos desolados de Venezuela, la alegría y la redención á vuestros afligidos hermanos. Venid á plantar el pabellón de la independencia sobre los arruinados muros de la Guaira; no perdáis la gloria de ser los redentores de un suelo que vio nacer la libertad. »

Si en Nueva Granada fue oído el precedente clamor, ya lo veremos al seguir las huellas de GIRARDOT.

Terminada por tan desgraciados sucesos la campaña de

Miranda en Venezuela, el Coronel Bolívar apenas pudo escapar con vida y substraerse de la saña del infiel Monteverde, por mediación del bondadoso español don Francisco Iturbe, quien logró conseguirle un pasaporte para salir expatriado, lo cual alcanzó embarcándose en la Guaira (27 de Agosto) en la goleta *Jesús, María y José*, con rumbo á Curazao, adonde llegó y en donde permaneció algunos días, dirigiéndose después á Cartagena, ciudad en donde entró el 14 de Noviembre y donde ofreció sus servicios á la causa republicana al doctor Manuel Rodríguez Torices, Gobernador de la Provincia, y quien por recomendaciones del distinguido repúblico doctor José María Salazar, los aceptó, confiriéndole á Bolívar el empleo de Coronel y destinándolo á la Comandancia de Barranca, á órdenes del francés Pedro Labatut. Mas no era el futuro libertador soldado que se acomodara servilmente á la obediencia de un Jefe que buscaba más bien riquezas y aventuras que gloria y libertad; pronto se subtrajo de su Jefe, y nombrado por el Gobernador de Cartagena Jefe de operaciones del llamado entonces Alto Magdalena, en pocos días destruyó las fuerzas de los realistas, triunfando en Mompós, Tenerife, Guamal, Banco, puerto de Ocaña, Chiriguaná y Tamalameque, franqueando la navegación del río para el comercio interior y tomando al enemigo para el Gobierno de Cartagena cien piezas de artillería, gran número de fusiles y pertrechos, y otros elementos de guerra. Fue entonces cuando el Coronel de la Unión Manuel Castillo, Jefe Militar de la Provincia de Pamplona, que se hallaba en Piedecuesta con tropas desarmadas que no pudo oponer á los realistas del Coronel Correa, invitó á Bolívar para que viniera en su auxilio á libertar el valle de Cúcuta, á lo cual, como era natural, accedió el Jefe venezolano tan pronto como recibió el permiso del Gobierno de Cartagena y la autorización de conducir cuantos elementos le fuera posible para armar las tropas que se hallaban inermes, y aumentar sus fuerzas.

Ninguna ocasión más propicia para que Bolívar concibiera, como en efecto concibió, la idea de volver á su amada Patria y emprender nueva campaña para libertarla de sus opresores. Plan era éste demasiado audaz para quien mira las cosas primero por el lado de las dificultades, pero no para quien movido por el santo amor á la Patria, á la familia y á la gloria, tiene fe en sus energías y en sus esfuerzos para conducirse hasta el sacrificio; de aquí que, aunque hubo de vencer muchas dificultades, principalmente de un orden moral, pues había de restablecer la moralidad de las fuerzas ya arruinadas por la deserción, el cansancio y la desobediencia, pasando por las armas á algunos, lo cual le atrajo enemistad con las autoridades provinciales, pudo al mismo tiempo levantar el ánimo de sus compañeros, infun-

dirles amor á la gloria y determinarlos á marchar con escaso número de tropas, pero con mucho entusiasmo, en busca del enemigo, al cual con muy distinguidas maniobras estratégicas fue desalojando desde Ocaña, Yagual, Arboledas, Salazar y San Cayetano, hasta que obligando á Correa á presentar combate en la colina que domina por el Noroeste á San José de Cúcuta, lo derrotó completamente (28 de Febrero de 1813), quitándole la plaza, artillería, pertrechos, fusiles, víveres, un gran acopio de mercancías y cuantos efectos pertenecían al Gobierno español. Ningunos auspicios mejores para solicitar del Gobierno de la Unión, situado en Tunja, y del Presidente de Cundinamarca, los auxilios necesarios para proceder á libertar á Venezuela; y así lo hizo Bolívar, enviando inmediatamente al Coronel José Félix Rivas, comisionado ante ambos Gobiernos para obtener tales recursos y el permiso de avanzar con las tropas, y para tratar y estipular las indemnizaciones con que Venezuela hubiera de corresponder á la Nueva Granada, caso de ser libertada por su Ejército. Para mejorar más esos buenos augurios, el Coronel Bolívar recibió entonces el despacho de Brigadier al servicio de la Unión y el título de ciudadano de la Nueva Granada, acompañados de las expresiones más encomiásticas y honoríficas del Gobierno federal; y gracias á la buena armonía que por lo pronto existiera entre Bolívar y Castillo, éste influyó para que al primero se le confiara el mando en Jefe de la División.

En tanto que Rivas se dirigía al interior á despachar su cometido, Bolívar estableció su cuartel general en Cúcuta y avanzó sus fuerzas allende el Táchira hasta la villa de San Antonio (Marzo 1^o); aquí dirigió en el mismo día dos proclamas que revelan el estado de júbilo y de entusiasmo que en su alma desbordaba, y su gratitud á las tropas que le acompañaban; en la primera decía, dirigiéndose á los venezolanos:

« Vosotros tenéis la dicha de ser los primeros que levantáis la cerviz, sacudiendo el yugo que os affligía con mayor crueldad, porque defendisteis en vuestros propios hogares vuestros sagrados derechos. En este día ha resucitado la República de Venezuela, tomando aliento en la patriótica y valerosa villa de San Antonio, primera en respirar la libertad, como lo es en el orden local de nuestro sagrado territorio.

« Venezolanos: vuestro júbilo es igual á la grandeza del bién que acabáis de recibir; y aunque éste es superior á todos los sentimientos que puede inspirar la naturaleza, no iguala al que experimenta mi alma, siendo el instrumento de vuestra redención, y recibéndola yo también como hijo de Venezuela, de mis compañeros de armas, los ínclitos soldados de Cartagena y de la Unión.»

En la segunda se dirigía á sus subalternos :

« Yo que he tenido la honra de combatir á vuestro lado, conozco los sentimientos magnánimos que os animan en favor de vuestros hermanos esclavizados, á quienes pueden únicamente dar salud, vida y libertad vuestros temibles brazos y vuestros pechos aguerridos. El solo brillo de vuestras armas invictas hará desaparecer en los campos de Venezuela las bandas españolas, como se disipan las tinieblas delante de los rayos del cielo.

« La América entera espera su libertad y salvación de vosotros, impertérritos soldados de Cartagena y de la Unión. ¡Nó! su confianza no es vana: Venezuela verá bien pronto clavar vuestros estandartes en las fortalezas de Puerto Cabello y de la Guaira.

« Corred á colmaros de gloria, adquiriéndoo el sublime renombre de libertadores de Venezuela. »

Un vínculo invisible, una secreta inteligencia parece que debe estrechar las almas y los sentimientos entre los hombres de igual grandeza y energía, pues tocóle al egregio, al gran Camilo Torres, á la sazón Presidente de la Unión, comprender la sublimidad del genio que caracterizaba el alma de Bolívar.

A pesar de la emulación, de la envidia rastrera y de inmundo oprobio con que á este caudillo heroico quiso salpicarle las botas el Coronel Castillo, soldado rutinero, inepto y descabalado, como lo son en general los jefes de cartuchera, tan pronto como llegó el Coronel José Félix Rivas, el Presidente Torres y el Gobierno de Cundinamarca celebraron un tratado en virtud del cual se comprometieron ambas partes á despachar los auxilios solicitados; el Gobierno federal se apresuró á enviar, aun antes de la ratificación del Tratado, los cuadros de los batallones 3º, 4º y 5º de la Unión, el penúltimo de éstos comandado por el Coronel ATANASIO GIRARDOT; y la autorización al Brigadier Bolívar para que procediera á libertar á Venezuela hasta las Provincias de Mérida y Trujillo, debiendo antes prestar juramento de fidelidad y obediencia al Gobierno de Nueva Granada y al Poder Ejecutivo de la Unión.

Para la inteligencia estratégica de Bolívar y para su temperamento, educación y perspicacia, la inmovilidad y la espera eran un yugo insufrible; natural fue que mientras llegaban los refuerzos enviados por Nariño, se apresurara á hacer uso de la autorización y á utilizar los batallones enviados por el Congreso. Al efecto, ya que el Brigadier Correa había aprovechado el no ser perseguido y desbaratado por completo tan pronto como lo habían hecho repasar el Táchira, y reunido sus dispersos y preparándose para resistir, se hizo fuerte en la angostura de la Grita y quiso aguardar allí el ataque de los patriotas; entonces Bolívar en-

vió á Castillo con unos pelotones en que figuraba como principal el 4º de la Unión, á atacar á Correa, que esperaba con fuerzas muy superiores. «Después de muchos días empleados por Castillo (dice el historiador Restrepo) en preparar sus movimientos, pues decía que todo no estaba en orden, al fin se puso en marcha (Abril). De camino en Táriba celebró arbitraria é indebidamente el Consejo de Guerra prevenido por el Congreso, haciéndolo fuera del territorio de la Nueva Granada, contra lo que él mismo había opinado, y sin la asistencia del primer Jefe ni de las otras personas que tenían conocimiento del estado de la opinión de los pueblos de Venezuela. El resultado de este irregular Consejo, de que altamente se agravió Bolívar, como de un exceso notorio, fue: «que se representara al Congreso ser muy peligroso atacar á Venezuela llevando tan pocas fuerzas, y que éstas sin duda serían sacrificadas si se avanzaba más allá de Mérida bajo el mando de Bolívar, cuyas empresas eran temerarias y sin orden alguno.» No sabríamos nosotros decidir si lo que resolvió el tal Consejo de Guerra encubre un acto de cobardía ó de infame emulación de parte del Coronel Castillo; pero es lo cierto que el día 18 de Abril fue atacado Correa por la vanguardia de Castillo á órdenes de ATANASIO GIRARDOT, convaleciente aún de grave enfermedad (1), y que los atacados, después de firme resistencia, abandonaron las posiciones de la angostura, y, pasando por la Grita y Bailadores, fueron á tomar respiro en Mérida, abandonando varios elementos de guerra, destruyendo la artillería por no poder conducirla y tomándosele varios prisioneros, algunos de éstos heridos.

Con los embarazos y dificultades que se le presentaban al General Bolívar por parte de Castillo, á quien el Congre-

(1) «Villa del Rosario de Cúcuta, Abril 6 de 1813—Mis venerados padres: el Dios de los Ejércitos ha querido premiarme con una grave enfermedad que me acometió en esta villa el 29 del pasado. El principio de ella fue un tabardillo furioso que me revolvió todos los humores y complicó una constipación é irritó al mismo tiempo el pulmón; todo lo cual á los facultativos hizo creer era una enfermedad grave, y en el momento trataron de que recibiese los santos sacramentos, como efectivamente los recibí con toda solemnidad; al cabo de este glorioso paso manifestó mi semblante un aire cumplidamente, por lo que no tengan sus mercedes mayor cuidado, que mediante la Divina Majestad conseguiré la salud y tendré el deseado gusto de verlos, é ínter lo consigo, manden cuanto sea de su agrado á su afectísimo y humilde hijo.

«A mis amadas hermanas, que aunque enfermo, no las separo de mi memoria y que reciban mis afectuosas expresiones.

«El médico que me asiste es el C. Pedro Sabas, paisano de mi padre, y lo saluda.

«Su hijo, ATANASIO»



so de la Unión hubo de aceptar con agrado la dimisión que hizo del cargo de segundo de las fuerzas libertadoras de Venezuela, las tropas quedaron sumamente disminuídas, pues apenas alcanzaban á unos setecientos hombres, y eso por haber llegado á ocupar el vacío la expedición que el día 6 de Abril despachó el General Nariño, compuesta de 124 hombres, de los cuales la mayor parte eran jóvenes de lo más distinguido de la ciudad bogotana, y los cuales llevaban alguna artillería y muchos fusiles y pertrechos para armar los cuerpos que se pudieran ir organizando. Ciertamente eran muy pocos los hombres con que Bolívar pretendía realizar su temeraria empresa, pero la calidad de sus soldados compensaba la escasez de las tropas, porque á su lado tenía á GIRARDOT, D'Elhuyart, Santander, Narváez, Fortoul, Concha, Mantilla, Mendoza (Camilo), París (Joaquín) y Vélez, y el 10 de Mayo le llegaron los Ricaurtes, Maza, los París (Manuel y Antonio), Ortega, Planes, todos satisfechos de ir á órdenes de semejante Jefe y de tener por compañeros á los venezolanos Rafael Urdaneta y José Félix Rivas; de todos ellos los que no murieron jóvenes llegaron á ser los más distinguidos Generales de la República, y sin excepción alguna, cada corazón de esos era bastante por sí para caracterizar la clásica grandeza de la raza hispanoamericana. Tales fueron el entusiasmo y contentamiento del General Bolívar al ver de esa manera constituida la columna neogranadina con que se dispuso á liberar á su Patria, que al acusar recibo á Nariño de los elementos que recibió, en oficio de 10 de Mayo, exclamaba desde su Cuartel General de Cúcuta:

« ¡ Oh ! ¡ qué bello espectáculo se presenta, señor Presidente, sobre el teatro del Nuevo Mundo, que va á ver una lucha quizás singular en la historia; ver, digo, concurrir espontánea y simultáneamente á todos los pueblos de la Nueva Granada al restablecimiento, libertad é independencia de Venezuela, sin otro estímulo que el de la humanidad, sin más ambición que la de la gloria de romper las cadenas que arrastraron sus compatriotas, y sin más esperanza que el premio que da la virtud á los héroes que combaten por la razón y la justicia !

« Vuestra Excelencia será el primero que penetrado del júbilo más puro, aplaudirá sus propias acciones, las de sus conciudadanos, y sobre todo los magnánimos esfuerzos y sacrificios de los ínclitos guerreros de la Nueva Granada, con quienes voy á tener la dicha de combatir por la redención de Venezuela y gloria de estos Estados. »

Con motivo de la dimisión de Castillo varios oficiales regresaron con éste, prefiriendo volver á la Nueva Granada más bien que aventurarse en la « temeraria empresa »; pero

ellos no hicieron falta, porque los que quedaron superaban por muchos conceptos á los *prudentes*.

Habiendo iniciado Bolívar sus operaciones sobre la Provincia de Mérida, llegó hasta San Cristóbal, plaza en donde dejó al Sargento Mayor Francisco de P. Santander con 290 hombres de las fuerzas de Cartagena para que guardase el valle de Cúcuta y para tener seguridad de no ser molestado á retaguardia por las guerrillas que se levantaran con el fin de hostilizarlo. El 15 de Mayo marchó de San Cristóbal sobre el Brigadier Correa, que debía encontrarse en Mérida; mas como éste no lo aguardara, y se hubiese retirado á la altura de Ponemesa, el Jefe republicano llegó con el grueso de sus fuerzas á Mérida el 31 de Mayo, entre los más entusiastas y efusivos vítores y aplausos de los habitantes que acababan de deponer á las autoridades españolas.

Bolívar estableció el Gobierno republicano como se lo había ordenado el Congreso neogranadino, y en el discurso que el 4 de dicho mes dirigió á la muy ilustre Municipalidad de esa capital, dijo:

.....
« La gloria del Congreso y del Ejército que os ha redimido consiste en la magnanimidad de sus designios, que no son otros que los de destruir á vuestros verdugos y ponerlos en actitud de gobernaros por vuestras constituciones y por vuestros magistrados.

« Nuestras armas redentoras no han venido á daros leyes, ni menos á perseguir al noble americano; han venido á protegeros contra vuestros natos y crueles enemigos los españoles de Europa, á quienes juramos una guerra eterna y un odio implacable, porque ellos han violado el derecho de gentes y de las naciones, infringiendo los tratados y las capitulaciones más solemnes, persiguiendo impíamente al inocente y al débil, reduciendo los pueblos enteros á la indigencia y á la desolación, degradando el santo carácter del sacerdocio y cargando de prisiones á los Ministros del altar, á los magistrados, á los defensores de la Patria y á toda clase de ciudadanos, por el solo delito de ser americanos....

« Aceptad, ilustres meridianos, las congratulaciones que á nombre del Congreso de Nueva Granada tengo el honor de haceros, reponiéndoo en el uso de vuestra autoridad, que sin duda será ejercida con la dignidad que corresponde á un Gobierno independiente, y yo me lisonjeo de que muy pronto veréis en medio de vosotros á vuestros Magistrados del Poder Ejecutivo Provincial, que han sido ya invitados por mí para que vengan á llenar las funciones de su ministerio, en cumplimiento de las generosas órdenes del Congreso, que ha tomado á su cargo el restablecimiento de la Constitución venezolana que regía en los Estados antes de

Girardot—3